

sino por el convencimiento de que aquellas disposiciones comprometían al ejército, corrió en busca de Wimpffen, y habiendo conseguido encontrarle, le interpeló con todo el ardor de su patriótica pasión, repitiendo con mayor vehemencia lo que una hora antes había dicho á Lebrun: «No vengo á disputaros el mando, dijo á su sucesor. Os obedeceré; pero antes oídme: dos meses hace que estoy en presencia de los prusianos y les conozco; su propósito es envolvernos.» En apoyo de sus palabras, mostró el general un billete que acababa de recibir del alcalde de Villers-Cernay, el cual decía que fuertes columnas enemigas remontaban el curso del Givonne. «El movimiento que se realiza al Este, añadió Ducrot, se efectúa también al Oeste, y todo se va preparando para cerrarnos las salidas. En nombre de la salvación del ejército os conjuro á que prosigáis la retirada.—Pero, ¿por qué batimos en retirada cuando Lebrun lleva ventaja?» respondió Wimpffen. Lebrun, que se hallaba presente, aprobó aquellas manifestaciones y declaró que nada urgía y que siempre habría tiempo para retroceder (1). Ducrot, que se desesperaba al ver que no podía convencerlos, desdobló un mapa sobre el arzón de su silla, mostró, siguiéndola con el dedo, la gran curva del Mosa, indicó el único punto de paso y detalló á sus dos colegas las posiciones que éstos apenas conocían. Wimpffen escuchaba distraído y la esperanza de vencer por el lado de Bazeilles no le permitía ser previsor: «Lo que nos hace falta, repetía, es una victoria.—¡Una victoria!, replicó Ducrot exasperado; gran suerte será la nuestra si esta noche tenemos todavía una línea de retirada.» Dicho esto, se alejó de allí, y dirigiéndose á galope adonde estaban sus oficiales, díjoles estas solas palabras: «¡Estamos perdidos!»

## VII

Eran las nueve. Una fatalidad singular agravaba nuestras faltas: por segunda vez desde que había amanecido cambiaba el mando de mano; Mac-Mahón, en el momento en que buscaba á tientas al través de los planes del enemigo una luz que le sirviera de guía, se había librado, gracias á su herida, de las responsabilidades de la jornada; y Ducrot, que tenía un plan concreto, no el mejor porque bueno no le había, pero sí el menos malo, no se había hecho cargo del mando más que para resignarlo en seguida. Wimpffen, convertido en jefe supremo, era el llamado á salvar lo que todavía pudiera salvarse.

¿Tenía un plan? No le faltaban inteligencia ni valor; pero, llegado la antevispera, no conocía al enemigo, ni sus tropas, ni el campo de batalla, y en cambio, sus últimas entrevistas con Palikao habían dejado impresa en su espíritu la huella de las opiniones del ministro de la Guerra, el cual, no conociendo los acontecimientos en el momento mismo en que se desarrollaban, ignorante de nuestros apuros y sistemático como todos los apasionados, persistía en llevar hacia Metz el ejército de Chalóns. Ahora bien, el camino de Metz era el camino de Carignán, y alejándose de Sedán por la carretera de Carignán, Bazeilles venía á ser el primer escalón.

(1) Ducrot, *La journée de Sedan*, pág. 30.

Al enterarse de la herida del mariscal, Wimpffen se había al pronto reservado; en esto, la tenaz resistencia del 12.º cuerpo había hecho renacer la esperanza, y el general, que era de imaginación viva y sobre todo de carácter presuntuoso, consideró lo que era simplemente tregua pasajera como presagio del triunfo final. Rechazados los bávaros de Bazeilles, quedaba libre el camino de Carignán; estando en Carignán se estaría á dos pasos de Montmedy, y una vez en Montmedy, el ejército se aproximaría á Metz: así pensó Wimpffen, impregnado, aunque fuese á pesar suyo, de las ideas de Palikao y como éste soñador; y en tal estado de ánimo reclamó el mando, confiado en el triunfo.

No hay advenimiento, por tristes que sean las circunstancias en que se realice, que no tenga su momento de exaltación. Wimpffen, que en seguida mandó suspender la retirada, prodigó las palabras alentadoras: «Necesitamos una victoria,» había dicho á Ducrot, y la misma frase repitió á Douay. Con Lebrun, que era antiguo camarada suyo y á quien tuteaba, todavía se mostró más expansivo: «Los honores de la jornada serán para ti;» y luego añadió: «No quiero retirarme á Mezieres; si el ejército ha de retirarse, lo hará por Carignán (2).» En el entretanto, el emperador, acompañado de su Estado mayor, vagaba por el campo de batalla, y habiéndole encontrado Wimpffen en el *fond de Givonne* procuró disipar sus temores: «No se preocupe Vuestra Majestad; dentro de dos horas habré arrojado al enemigo al Mosa;» dicho lo cual se alejó sin oír una voz burlesca y amarga que detrás de él murmuraba: «¡Quiera Dios que no seamos nosotros los arrojados al río (3)!»

El brillo de aquellas frases sólo había de ser igualado por la vaciedad de los actos. Si la retirada hacia Mezieres no ofrecía sino probabilidades muy precarias, el movimiento sobre Carignán era pura quimera, pues para realizarlo habría sido preciso volver á emprender el camino que se había abandonado la víspera, y para romper el círculo habría sido preciso derrotar no solamente á los bávaros, sino además á todos los que habrían acudido en su auxilio, es decir, á los sajones, al IV.º cuerpo y á la guardia. Y aun en el supuesto de que por milagro hubiesen podido los nuestros vencer aquella resistencia, en las siguientes marchas nuestras extenuadas tropas se habrían aproximado, no á sus plazas fuertes, no á sus almacenes, no á sus recursos, no á los lugares en donde pudieran rehacerse, sino á nuevos ejércitos enemigos. ¿Quería Wimpffen realmente aquella marcha sobre Carignán? Leyendo la memoria justificativa que publicó más adelante, parece que su pensamiento, difícil de descubrir, vaciló entre varios planes y que, si bien aceptó la idea de Palikao, acarió la esperanza, más quimérica que todo lo demás, de asegurar en primer término la victoria completa.

Para conquistar aquella victoria pronosticada y prometida, no se intentó ningún esfuerzo de conjunto; en efecto, el nuevo general en jefe, después de haber reivindicado el mando, se instaló en medio del 12.º cuerpo, como si su mirada no pudiera abarcar todo el teatro de la acción. Sin embargo, la jornada había de ser

(2) Lebrun, *Bazeilles, Sedan*, pág. 112.

(3) Relato de la batalla de Sedán por el general Pajol (*Moniteur universel*, 22 de julio de 1871).

larga y el enemigo apremiaba. Iba á desarrollarse la batalla, encarnizada, pero sin dirección general, mezcla de episodios sublimes y de lamentables desalientos, obedeciendo las más de las veces á la inspiración de los jefes secundarios ó á los progresos del enemigo. Poco á poco habíamos de vernos acorralados en un campo cerrado que se iría estrechando hasta el punto de que el reducido espacio no permitiera más que capitular ó morir. En el momento que nos ocupa, es decir, á eso de las nueve, el combate se extendía á dos puntos principales, en donde hemos de seguir las peri-

gunas compañías á la carretera de Balán. Mas cuando los soldados de Von der Tann, ansiosos de completar las ventajas conseguidas, quisieron lanzarse sobre Bazeilles y cooperar al ataque de la aldea, las balas de los tiradores franceses, que estaban muy bien parapetados, los contuvieron. En el pueblo continuaba la lucha cada vez con mayor encarnizamiento; peleábase en la calle principal, en las calles inmediatas y, sobre todo, en las inmediaciones de la quinta Beurmann. En aquel reducido palenque de Bazeilles aparecían con sorprendente relieve las cualidades de las dos razas: todas las ventajas



El general Blumenthal

pecias del mismo: prolongábase hacia Bazeilles y hacia Balán, en donde el 12.º cuerpo había de resistir hasta el mediodía, y comenzaba en la meseta de Illy en donde todo quedaría consumado durante la tarde.

## VIII

Mientras Mac-Mahón herido era conducido á Sedán, continuaba en Bazeilles el combate cuyas primeras fases hemos descrito. El general Von der Tann, acosado por la infantería de marina, llamó á su segunda división que estaba en Remilly, y á las siete las primeras columnas de ésta, compuestas de una parte de la 3.ª brigada, pasaron el puente de barcas de Aillicourt, llegaron á la estación del ferrocarril, remontaron el Givonne y por una brecha de la pared penetraron en el parque del castillo de Monvillers, consiguiendo, á pesar del fuego violento que sufrían, ganar terreno hacia el Norte y quedar dueños del cercado.

Aquel feliz resultado no dejaba de ser importante porque desde aquella posición los bávaros se unirían á los sajones que precisamente descendían entonces de las colinas, ocupaban la Moncelle y aun enviaban al-

que á nuestros enemigos proporcionaban en la lucha de grandes masas la excelencia de su artillería y la superior inteligencia de la guerra, perdíanlas en aquella serie de combates parciales, en los cuales triunfaban la flexibilidad y la iniciativa de los jefes secundarios y sobre todo el valor. Estimulados por el ejemplo y exasperados por la violación de sus hogares, los habitantes toman parte, cada vez con mayor empeño, en la batalla, y cogiendo los fusiles y las cartucheras de los muertos, hacen fuego sobre el enemigo desde los tejados, desde las ventanas y desde las troneras. La obstinación de la lucha pone fuera de sí á los bávaros, quienes desconcertados por aquella guerra de calles, fusilados por todos lados y tropezando con los cadáveres, comienzan á sentir esos impulsos de furor que no tardarán en traducirse en actos de barbarie in calificables. Con cólera ciega, casi bestial, se lanzan contra los hombres y también contra los obstáculos; entonces comienzan los incendios y con ellos se exaspera el combate, á la vez indeciso y obstinado, violento y sombrío, lleno de episodios heroicos y crueles, complicado por el número de luchas parciales, obscuro por sus alternativas, difícil de reconstituir por la confusión de los recuerdos, por la

inseguridad de las horas y sobre todo por la transformación de los lugares, porque de aquella aldea no ha de quedar casi nada y en vano han de buscar los sobrevivientes, en medio de las cosas renovadas, algo que despierte las imágenes desaparecidas.

Como todo se volvía en contra nuestra, hasta aquella resistencia valerosa debía ser funesta, por lo mismo que había de producir la ilusión de un triunfo: lo que no era más que defensa, admirable sí, pero defensa al fin, había de ser estimado por los más prevenidos como prenda de victoria; y en aquellos momentos fué cuando Wimpffen mostró su nombramiento.

Las órdenes de Ducrot apenas habían comenzado á ejecutarse. Las tropas que habían subido á la meseta descendieron de ella y el santo y seña que se dió á todas fué proseguir enérgicamente la ofensiva hacia Bazeilles y, como decía el nuevo general en jefe, arrojar á los bávaros al Mosa.

En aquel mismo instante (eran aproximadamente las nueve) un espantoso aumento de las fuerzas enemigas rompía en perjuicio nuestro la igualdad de las probabilidades. El general Von der Tann acababa de recibir la noticia de que la 8.<sup>a</sup> división (IV.<sup>o</sup> cuerpo prusiano) llegaba á Remilly; seguro de que será apoyado, ordena que pasen el Mosa todas las fracciones de su cuerpo que hasta entonces han permanecido en la orilla izquierda; el resto de la 2.<sup>a</sup> división, dividido en dos columnas, cruza el río; la reserva de artillería atraviesa los puentes de barcas; y en último término, también los prusianos abandonan Remilly. El general Von der Tann, apostado á la entrada de Bazeilles por el lado de Douzy, acecha la llegada de los refuerzos y les señala los puestos en que han de situarse. En cuanto á los sajones, su infantería ocupa la Moncelle, en tanto que su artillería, fuerte en un principio de cuatro, luego de siete y finalmente de diez baterías (1), se escaloña en los cerros de la orilla izquierda del Givonne y, haciendo frente á la vez al 1.<sup>o</sup> y al 12.<sup>o</sup> cuerpos, barre con sus proyectiles las opuestas colinas.

Todo cuanto pueden hacer unas tropas valientes para compensar el número y conjurar la fortuna lo hicieron en aquellos lugares los franceses: la infantería de marina se portó admirablemente, y la división Lacretelle, aunque formada de soldados bisoños, demostró un vigor inesperado. Todavía hubo alternativas de éxito y como consecuencia reacciones de esperanza: los infantes del general Lacretelle avanzaron contra la Moncelle y contra el parque de Monvillers y en Bazeilles los soldados de infantería de marina lograron rechazar al adversario hasta la plaza del Mercado; pero á eso de las diez los bávaros del I.<sup>er</sup> cuerpo están todos en línea; los sajones acaban de llegar, y aun cuando la mayor parte de sus fuerzas se utilice por la parte de Haybes y de Daigny contra nuestro 1.<sup>er</sup> cuerpo, destacan importantes fracciones hacia el bajo Givonne; y, finalmente, la vanguardia de la 8.<sup>a</sup> división prusiana llega á la estación del ferrocarril mientras el resto se encuentra todavía cerca de los puentes de barcas.

Después de recibir estos refuerzos, los alemanes deciden ejecutar un doble movimiento envolvente para

conquistar en la orilla derecha del Givonne las alturas que dominan la Moncelle y Monvillers y para apoderarse de la aldea de Bazeilles.

Por la parte de las alturas, los sajones y los bávaros, después de haber pasado el riachuelo, escalan las vertientes, llegan á un grupo de casas ocupado desde la mañana por su vanguardia, y hacen un esfuerzo para seguir adelante; pero los franceses, emboscados en una depresión del terreno, les infligen sensibles pérdidas, matando ó hiriendo á muchos de sus oficiales. A todo esto, llegan nuevas tropas y en especial un batallón prusiano que ha pasado el Givonne al Norte del parque de Monvillers. El objetivo principal es ese punto culminante de las colinas en donde algunas horas antes ha sido herido Mac-Mahón. El combate se prolonga bastante rato, no sin terribles pérdidas por parte de los asaltantes; mas al fin, á eso de las once, los alemanes coronan toda la línea de las crestas que se alzan al Norte de la Moncelle, y aun algunas compañías se arriesgan hasta Balán, si bien el fuego de nuestra infantería les obliga á retroceder.

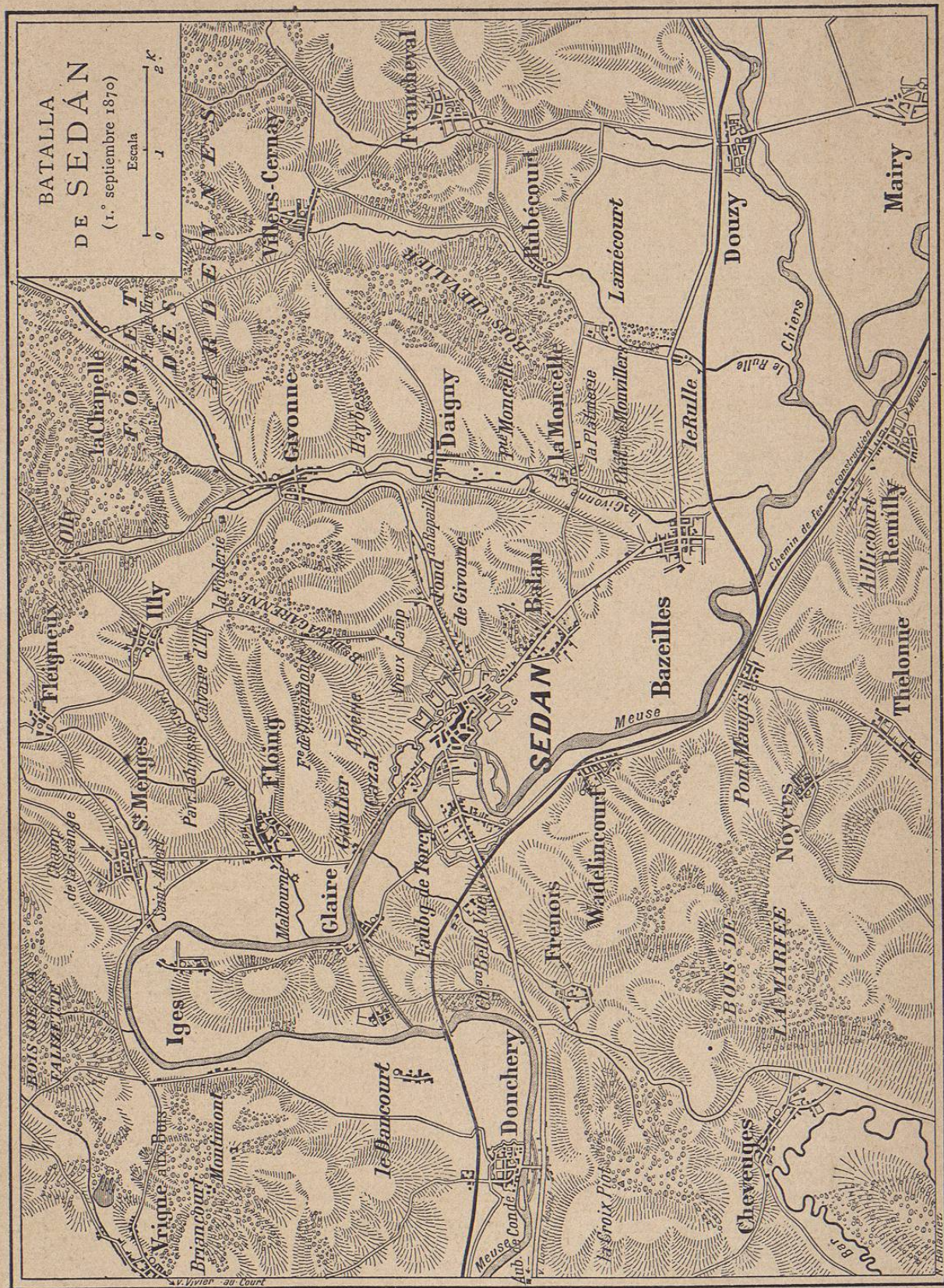
En el entretanto, el grueso de los bávaros se abría un camino sangriento al través de Bazeilles: por aquel lado, el furor del ataque y la tenacidad de la defensa imprimían á la lucha un aspecto trágico; la casualidad acababa de introducir en el orden regular y científico de las guerras prusianas un episodio de guerra de calles, uno de esos combates cuerpo á cuerpo que parecían acabados para siempre. La lucha, comenzada en plena obscuridad, continuada bajo las nieblas que poco á poco se disipaban, proseguida luego á la luz del sol, duraba desde las seis de la madrugada sin más tregua que algunas cortas pausas. Algunos regimientos franceses tenían fuera de combate la tercera parte de su oficialidad (2); pero no eran menos importantes las bajas de los bávaros cuyo I.<sup>er</sup> cuerpo había perdido al fin de la jornada más de 2.000 hombres (3). El enemigo, rechazado varias veces cuando ya se creía vencedor, resignase á avanzar prudentemente y en cierto modo paso á paso, y los cazadores bávaros abandonan la plaza del Mercado, se deslizan en los cercados, derriban las paredes, y una tras otra ocupan varias casas. Sin embargo, en el ángulo que forman la calle de Daigny y la calzada, continúa resistiendo la quinta Beurmann; para vencer aquella insolente resistencia se recurre á la artillería, y la casa, asaltada por todos lados, por los jardines, por el parque de Monvillers, por la carretera real, es evacuada al fin, asegurando esta conquista, tan largo tiempo disputada, la posesión de la aldea.

Era mediodía cuando el enemigo se instalaba en Bazeilles, evacuada ya por los franceses. Después de la victoria vino la venganza, que fué repugnante y cuyos horrores no han bastado á paliar las explicaciones que de ellos se han formulado: ebrios de sangre y de cólera, aterrados por sus pérdidas, presa de esas alucinaciones que engendra el miedo, los bávaros completan la destrucción comenzada; rocián las paredes con petróleo, prenden fuego á grandes montones de paja y á los incendios producidos con la excusa de abreviar la resistencia se añaden otros que sólo se explican por la pa-

(1) *La guerre franco-prussienne*, redactada por la sección histórica del Estado mayor prusiano, tomo II, pág. 1104.

(2) Relato del general Lebrun sobre la batalla de Sedán.

(3) *La guerre franco-allemande*, tomo II, anexos, pág. 301.



sión de destruir. De toda la aldea sólo quedaron intactas veintitrés casas que estaban un poco apartadas (1) y sobre las ruinas y entre los muertos yacían los heridos, tantos en número que era imposible asistirlos. Ya hemos visto las pérdidas de los bávaros; las de la infantería de marina han sido calculadas en 2.600 hombres. En medio del silencio siniestro resonaban de cuando en cuando las descargas: no era ya aquel el ruido de la batalla, sino el de las ejecuciones de los habitantes que, habiéndose asociado á la lucha y hecho por ello reos del crimen de defender sus hogares, fueron detenidos, juzgados sumariamente y fusilados en el acto. Es más, contra todas las leyes de la guerra, fueron pasados por las armas tres oficiales (2).

Ningún socorro había de suspender ó vengar aquellos horrores. El 12.º cuerpo, extenuado por el terrible combate y doblándose al peso de la depresión que sucede á todo esfuerzo intenso, habíase replegado hacia Balán, parapetándose en los jardines y tras de los muros que rodeaban la aldea, mientras ciertos regimientos retrocedían hasta el *Vieux-Camp*. Media hora más tarde, la llegada del II.º cuerpo bávaro reanimó la lucha y durante largo rato se combatió por la posesión del parque de Balán que los nuestros no abandonaron sino después de una valerosa resistencia. Luego fué disminuyendo poco á poco en aquel campo de batalla la fusilería; en el entretanto, hacia el Norte la artillería hacía un fuego terrible, hasta el punto de que los que habían tomado parte en las antiguas guerras no recordaban haber oído jamás cañoneo semejante. Hacia aquel lado debemos dirigir nuestras miradas; allí iba á decidirse la suerte de la jornada.

## IX

Al despuntar el día, los prusianos del III.º ejército (V.º y XI.º cuerpos) habían pasado el Mosa por Donchery, según queda dicho; y en el extremo Oeste, los wurtembergueses, destinados especialmente á vigilar la dirección de Mezieres, habían atravesado el río por Dom-le-Mesnil. A las siete y media, las primeras columnas del XI.º cuerpo llegaban á Montimont, Briancourt y Vrigne-au-Bois; más á la izquierda, las del V.º cuerpo tocaban en Vivier-au-Court (3). Con las vanguardias iban los comandantes en jefe que eran del V.º cuerpo, Kirchbach, ya curado de la herida que recibiera en Wissemburgo, y del XI.º Gersdorff, que había substituído al general De Bose, herido en Fröschwiller. En todo el espacio á que alcanzaba la vista no se divisaba ninguna patrulla francesa; y en cuanto á informes, escaseaban por haber huído casi todos los habitantes. Separaba á los alemanes de nosotros la doble cinta del Mosa que encerraba en sus sinuosidades la península de Iges. En vista de que la marcha se efectuaba sin encontrar ninguna fuerza enemiga, supúsose que el ejército de Mac-Mahón había renunciado á escapar por el camino de Mezieres; según todas las apariencias, permanecía fijo en sus posiciones, y en caso de haber buscado una línea de retirada, habríase dirigido hacia Carignán. En el en-

tretanto, el rey y el príncipe real habían podido, desde su observatorio de la Marfee y de la Croix-Piot, ver como sus columnas desfilaban en la otra orilla, al Norte de Donchery, y á las ocho y media el V.º y el XI.º cuerpos recibieron la orden de proseguir su marcha y de doblar la inflexión del Mosa, es decir, de realizar la maniobra que había de envolver al ejército francés.

La ejecución de aquel movimiento exigía una habilidad prudente al par que atrevida: la naturaleza de aquella región, poco despejada en aquel sitio, dificultaba las exploraciones y era menester mucha vigilancia para evitar que alguna columna se extraviara. El mayor riesgo se correría al doblar la punta de la península porque allí la carretera, oprimida entre los escarpes de las colinas y el Mosa, seguía el angosto desfiladero de la Falizette, y el peligro, muy grande para nosotros si hubiésemos querido escaparnos por Mezieres, lo había de ser también para el ejército que, caminando en sentido inverso, fuera á nuestro encuentro. Y aun puede presumirse, sin pecar de temerario, que el éxito habría sido imposible si hubiésemos ocupado con nuestra artillería el *Champ-de-la-Grange* y el *Parc-Labrosse*, es decir, los cerros que al Norte y al Sur de Saint-Menges dominaban el desfiladero.

En una marcha tan importante para el resultado de la campaña, los comandantes de cuerpo se dedicaron á dictar las órdenes de detalle que habían de evitar los retardos ó de disminuir los riesgos, habiéndose decidido que el XI.º cuerpo se encaminaría directamente á Saint-Menges y el V.º, inclinándose hacia el Norte, se dirigiría á Fleigneux. A pesar de todas estas prescripciones, no se pudo evitar ni la aglomeración ni ciertos errores de dirección. Cuando el grueso de las divisiones enemigas estaba todavía muy atrás, reprodujose la invariable maniobra prusiana; los artilleros con sus piezas pasaron delante de las columnas y se lanzaron al trote, escoltados por algunos escuadrones de húsares y por una porción del 87.º. A las nueve, tres baterías salvaron el desfiladero y, adelantándose osadamente á la misma vanguardia, se situaron en las alturas del otro lado de la Falizette.

Antes de que amaneciera, el cañoneo de Bazeilles había puesto sobre aviso á las tropas del 7.º cuerpo. Una espesa niebla no permitía distinguir nada; los soldados, transidos de humedad, habían querido encender fuego, preparar el café; pero la leña mojada no ardía. La división Liebert vivaqueaba encima de Floing; á su derecha acampaba la división-Dumont, y detrás la división Conseil Dumesnil. Douay, que con previsora inspiración había hecho ocupar por dos batallones el *Parc-Labrosse*, acababa de llamarlos de nuevo á su lado, juzgándolos demasiado expuestos en aquella posición. Del 5.º cuerpo llegó un refuerzo, prometido el día antes por Mac-Mahón; era la brigada Maussion. Por el lado de Bazeilles se oían aún los cañonazos, bien que algo debilitados por la distancia; en cambio, hacia el Oeste reinaba un silencio absoluto, y un destacamento de caballería que fué enviado á practicar un reconocimiento delante de Illy no vió nada. Transcurrieron las horas sin que ningún indicio denotara la proximidad del enemigo; sólo reinaba cierta agitación en los Estados mayores, en donde se comentaban la herida de Mac-Mahón y los cambios del mando supremo. De pronto nuestras

(1) Carta del alcalde de Bazeilles al general Lebrun (Lebrun, *Bazeilles, Sedán*, pág. 325).

(2) Coronel Rousset, *Guerre de 1870*, tomo II, pág. 315, nota

(3) Véase el mapa intercalado en la pág. 390.